

MUJERES ¿DE AYER?

Hasta ahora se ha hablado de manera genérica sobre las mujeres brasileras del siglo XIX. La aserción de que por estar recluidas en la atmósfera rígida y autoritaria de una familia patriarcal han vivido ajenas a la vida nacional y a sus problemas, se encuentra cada vez más cuestionada. ¿Será cierto que permanecieron exclusivamente dedicadas a las funciones procreadoras y domésticas, saliendo de la casa apenas para asistir a los oficios religiosos o los placeres sociales? Muchos investigadores, principalmente mujeres, han colocado tales afirmaciones entre signos de interrogación. La tesis doctoral de Maria Tereza C. Crescenti (de quien tuvimos la audacia de tomar prestado el título de ese capítulo) dirigida por la eminente feminista Maria Isaura Pereira de Queiroz, nos demuestra que, ante la ausencia de la figura femenina en la historia oficial, se solidificó la idea de que la mujer decimonónica vivió una situación de completo sometimiento. Fue necesaria mucha astucia de varias investigadoras, además de la decisión de enfrentar los hongos que duermen en los viejos documentos, para que esa idea fuera paulatinamente cambiando. Aparecieron entonces nuevas luces, demostrando que esas afirmaciones eran insuficientes, basadas en verdades a medias, y que por el contrario, había abundante material en el Archivo Nacional a la espera de quien descifrara sus “arcanos” con dedicación.

El propósito en este trabajo es exactamente repensar a nuestras bisabuelas, mirar sus vidas de manera más crítica y buscar (¿con astucia?) respuestas a las muchas inquietudes que tenemos. Siempre nos pareció extraño que las mujeres en pleno siglo del desarrollo industrial se hubieran quedado rezagadas, mirando “hacia atrás”. Además, nuestro “atrás” tenía, de hecho, una historia “no contada” completamente diferente. Sobre esas y otras preguntas volveremos una y otra vez en las próximas páginas.

Para empezar, es necesario hablar sobre las mujeres en la *Tierra de Santa Cruz*, primer nombre que tuvo Brasil, para que

pueda contextualizarse históricamente la evolución con relación a las miradas hacia nuestras mujeres. Ronaldo Vainfas, en *Homoerotismo femenino y el Santo Oficio* (1997), argumenta: “*El perfil de las mujeres que habitaban el Brasil colonial se mantuvo prisionero por varias décadas de un sinnúmero de imágenes, algunas de ellas verosímiles, otras estereotipadas*” (Vainfas apud Priore, 1997:115).

Tal vez el mejor trabajo sobre la vida en la colonia siga siendo *Casa Grande & Senzala* de Gilberto Freyre, donde el autor nos muestra una amplia gama de mujeres, desde las sumisas y aterrorizadas con el castigo masculino hasta las mujeres ardientes siempre listas a dar placer, caminando por las calles desordenadas de las villas coloniales, seduciendo a la orilla de los ríos, en el monte y a la sombra de los árboles de nuestra floresta tropical. Dicen que Freyre es el maestro de las generalizaciones no siempre exactas, pero en este caso nadie ha estado tan atento como él a la diversidad de culturas, color y razas formadoras de ese *melting pot* que fue el Brasil de los primeros tres siglos.

De hecho había muy pocas mujeres blancas en el Brasil de los primeros tiempos, apenas algunas esposas e hijas de los señores de ingenio que habían vivido, según Freyre, en un “aislamiento árabe”, mirando a través de las ventanas a las mujeres indias que sí, fueron mujeres y amantes de los colonos portugueses. El autor afirma que los lusitanos, tan pronto bajaban de los barcos, ya empezaban a “*resbalar en carne*”. Los indígenas brasileros recibían a sus huéspedes ofreciéndoles su mayor tesoro: sus mujeres desnudas y lánguidas que habrían de tornarse en las madres de los Almeida, Silva y Souza mestizos que poblaron nuestro país, “*todas a desafiar, con sus compañeros lascivos, la paciencia y el rigor de los jesuitas*” (Vainfas apud Priore, 1997:116).

La misma mala fama tenían las negras de Guinea y Cabo Verde, especialmente las que eran elegidas como amantes de los señores o sus hijos en las grandes haciendas de caña de azúcar, víctimas siempre de las patronas que no cesaban de atormentarlas por su “falta de pudor” al lucir sus bellos cuerpos, rígidos

pechos y nalgas prominentes. Muchos cronistas de la época dejan claro que la imagen de la belleza y la seducción en el imaginario masculino de la Tierra de Santa Cruz tuvo mucho que ver con las indias, negras y mulatas.

Cantadas en prosa y verso por nuestros poetas *seiscentistas*, esas imágenes, muchas veces idealizadas, esconden la vida de las mujeres de carne y hueso, vendedoras de dulces y ricuras en las calles de Rio de Janeiro o de los pueblos de Minas Gerais, que solas por abandono o porque los maridos se habían ido tras el oro, buscaban el sustento de la familia y supieron construir una identidad propia que defendían incluso en los tribunales. Eran mujeres que no solamente *gerenciaban* las finanzas del hogar, porque sus maridos no volvían jamás, sino que debían sortear también todo lo que se decía respecto a sus afectos, amores y amantes; y por supuesto, debían hacerse cargo de la maternidad desde los misterios del parto hasta las prácticas de la anticoncepción. De ese mundo, el de las “mujeres reales”, nos ocuparemos. Nos interesa la vida de las mujeres que no tenían “un hombre que velase por ellas” (¡y eran muchísimas!), las mismas que encontraron un camino hacia la docencia, la literatura, la medicina, la música, el periodismo y demás meandros de la vida pública.

El Río de Janeiro del siglo XIX

Kidder y Fletcher, dos norteamericanos que a mediados del siglo XIX estuvieron en el Brasil realizando investigaciones, muy apropiadamente resaltaron lo que significaba esa metrópoli con relación al mundo:

La ciudad de Rio de Janeiro o São Sebastião es a la vez el emporio comercial más importante y la capital política del país. Si Brasil tiene el mayor territorio que cualquier otra nación del nuevo mundo, sus recursos naturales tampoco encuentran rival en ninguna parte del mundo; la posición geográfica, el aspecto natural, el aumento incesante de la grandeza de su capital, la vuelven digna metrópoli de tal imperio. Rio de Janeiro es la más grande ciudad de América del Sur, la tercera

en tamaño del continente occidental, enorgulleciéndose de una antigüedad mayor que la de cualquier ciudad de Estados Unidos. (Kidder; Fletcher, 1941:11).

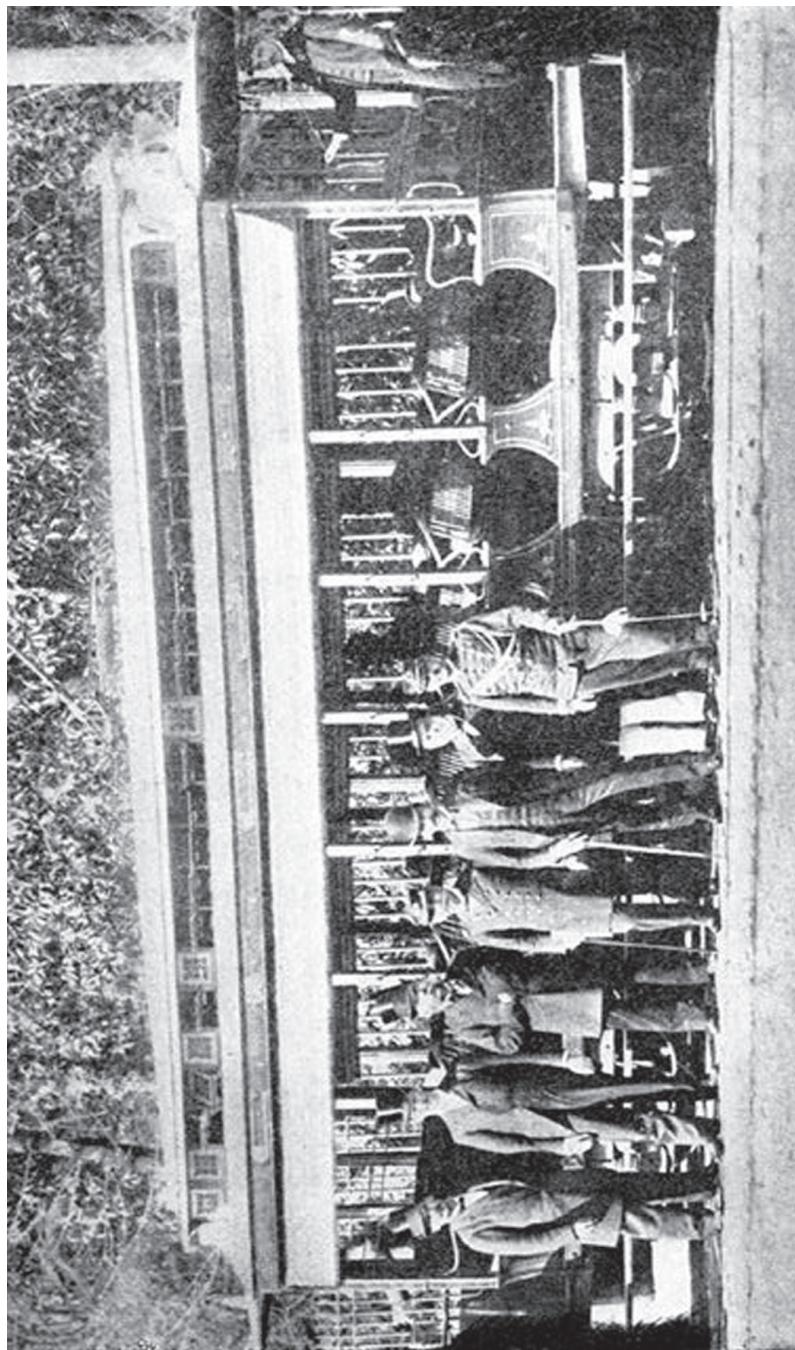
De acuerdo con el censo de 1872, su población (274.972 habitantes) era la mayor entre todas las ciudades del Brasil, superando en más del doble a la ciudad de São Salvador de Bahía, que fuera la primera capital del Brasil (1549-1763). Su elevación a la categoría de capital de la colonia en 1763 debido a su intenso crecimiento social y económico por ser el puerto de salida del oro que venía de las *Minas Gerais*², fue también el factor determinante de su elección en 1808, como sede de la corona portuguesa que frente a la amenaza napoleónica se transfirió al Brasil, dejando a Napoleón apenas palacios vacíos de muebles y tesoros, y tierras habitadas por ingenuos campesinos. Absolutamente todos los miembros de la Corte y sus ejércitos abordaron los navíos de la poderosa escuadra portuguesa rumbo a Rio de Janeiro. Imaginémoslo lo que eso representó para la mentalidad típicamente colonial de Brasil. Efectivamente, la llegada de Don João VI representó una verdadera revolución en las costumbres de la capital.

Era necesario llevar a cabo un “proceso civilizatorio” de los gentíos y la “negrada” de la colonia. La apertura de los pueblos brasileiros a las naciones amigas elevó la ciudad definitivamente a la categoría de sede del Reino. La creación del Jardín Botánico según los modelos británicos, la Casa de la Moneda y de la Biblioteca Nacional eran síntomas claros de que a los mestizos brasileiros les tocaba “comportarse mejor”. A pesar de que a las damas portuguesas les costó mucho trabajo soportar sus trajes de brocados y terciopelos bajo el calor infernal de los trópicos, tenemos que admitir que la gente del común pasó a imitar a los nobles incluso en sus modales y prácticas cotidianas. Las mestizas/os brasileiras/os en muy poco tiempo incorporaron esas prácticas en su día a día, en la crianza de los niños y, lo que es peor, en la educación de las niñas, que ahora dejaron de ser li-

² Minas Generales, región minera del sudeste brasileiro (oro, piedras), actual estado de Minas Gerais (Nota del traductor).

bres de correr y jugar por las calles, pues tenían que aprender a ver el mundo desde las ventanas y los balcones de las casonas.

Abundante es la literatura que trata sobre esos cambios en la vida carioca y muy importante es el testimonio que nos dejaron los hombres y las mujeres letrados de ese tiempo que hoy por hoy representan el más valioso acervo sociohistórico de nuestra verdadera trayectoria cultural.



Tranvia del siglo XIX - Rio de Janeiro